Antonio M. Abad, un ensayista del Archipiélago

Texto: Salvador García

Más que una zona geográfica el archipiélago despierta entre los cartógrafos el imaginario de lo imposible. El archipiélago es el deseo de unir lo fragmentario; la fantasía de fusionar, por medio de un nombre común, las múltiples tierras que siempre estarán dispersas. Islas comunitarias, territorio diseminado, el archipiélago es sobre todo enigma, debido a la multiplicidad de posibilidades culturales que puede fecundarse en sus entrañas. Antonio M. Abad comprendió perfectamente el principal problema de lo que en un momento histórico se llamó "El Archipiélago de San Lázaro"; es decir, las Filipinas naufragaban en su multiplicidad. Gran parte de su trabajo ensayístico va dirigido a cuestionarse sobre "el alma", la amalgama, que diera fusión a una identidad filipina que, al mismo tiempo que reconociera sus diferencias de ideología, historia, religión, gastronomía, pudiera estar por encima de ellas procurando la afinidad de lo separado en las más de siete mil islas que conforman este territorio.

Nacido el 10 de mayo de 1894 en Barili, Cebú, Antonio M. Abad escuchó desde su nacimiento las palabras "independencia", "libertad", "democracia", ligadas a las exigencias de los pensadores filipinos. A su glosario personal habría que agregarle el término "invasión", pues creció junto a la sombra norteamericana que iba invadiendo el Archipiélago a medida que avanzaba el nuevo siglo. Fue cultivando así un código que hace que sus ensayos encuentren directrices muy bien definidas. Las más sobresalientes de ellas: el idioma y el cristianismo. Como escritor católico entendía a la palabra sagrada y a la literatura como medio de expresión de la divinidad en el mundo caótico, huérfano de ideales y estancado en la miseria que

percibía a su alrededor. El Verbo Encarnado había llegado en español a las Filipinas. Para Abad, la religión, cuya expresión más palpable era el lenguaje, se constituía como el elemento de identidad necesario en un país que buscaba por todos los medios posibles encontrar su propia voz ante las incursiones, tanto estadounidenses como japonesas, que trataban de adherir el Archipiélago a sus territorios.

Su defensa por el español empieza justo cuando se aprueban las enmiendas que harán obligatoria la enseñanza del inglés en escuelas y universidades filipinas. No sólo se trataba de luchar por impedir la muerte de un idioma, sino de fomentar la lengua que haría a los filipinos reconocerse como tales, hallar su esencia, hermanarse con sus semejantes, con aquellos pueblos que sueñan y viven y aman en español. Le irritaba la idea de pretender reconocerse en el espejo anglosajón que hacía ver lo absurdo de tal empresa: "No nos atrevemos a copiar a Méjico y Colombia, porque estamos empeñados en copiar a los Estados Unidos. Y nuestras copias se parecen demasiado a las caricaturas"[1].

Si en la reconocida novela *La oveja de Nathán*[2], Antonio M. Abad ofrece una pugna ideológica desde sus primeras páginas en torno a lo que sucede durante la Primera Guerra Mundial, será en sus ensayos donde muestra sin cortapisas sus razonamientos al respecto. El Abad ensayista muestra, no sugiere. Se vale del género para combatir, denunciar, exigir. Niega el silencio, piensa sobre la hoja en blanco, escribe en voz alta. En sus planteamientos no hay duda. La duda la deja en otros proyectos: en la dramaturgia, en los cuentos, en sus novelas. Que duden sus personajes. Sobre el ensayo no cabe el mínimo asomo de incertidumbre.

Sin importar qué tan polémicos e incluso evangelizadores pueden parecer sus escritos expone sus discernimientos de manera clara, subrayando los andamiajes que sostienen su ideario. Nuevamente la religión y el lenguaje aparecen como las bases de su pensamiento. Es así que a la Segunda Guerra Mundial la comprende a partir de una falta de fe, una especie de contra-Cruzada donde el mundo pagano, representado por la "selva germánica", arremetía en agravio de la Civilización Occidental que tenía al Catolicismo como insignia[3]. Una orgía de muerte como la vivida por esos años sólo era el resultado del vaciamiento del género humano. Explica:

> Este es el drama del hombre contemporáneo. A fuerza de vivir en plena holgura espiritual y material, ha llegado a creer que más allá ya no queda campo ignoto para las exploraciones de su inteligencia y su corazón[4].

El gran tema de los ensayos de Antonio M. Abad es la defensa del español en tierras filipinas. Con el castellano como base pretendió hallar una identidad propia, lejos de las amenazas norteamericanas y niponas de ese momento. El español llevaría al Archipiélago a reconocerse en una constante complicidad con los pueblos hispanohablantes. A fin de sustentar sus ideas se basó en investigaciones científicas sobre la afinidad fonética del español y las lenguas nativas de la región. De manera alterna en su ensayo titulado "Medidas correccionales: Recomendaciones de Prator", subraya la incoherencia de pretender el establecimiento del inglés como rasgo unificador de las Islas, cuando no existe afinidad fonética alguna entre éste y las lenguas filipinas[5].

1 Antonio M. Abad, *Tres notas y un recuerdo: al margen de un artículo de 1937*, Papeles de Antonio M. Abad, Archivo de la Universidad de Filipinas (University of the Phillippines), caja 70.

2 *La oveja de Nathán, La Opinión*, Manila, 1928.

3 Cf. Antonio M. Abad, *De la hora transeúnte*, Manila, 1940.

4 Ibid, p.45.

Con el lenguaje como arma de lucha no cesará nunca en su defensa del español. A lo largo de su vida siguió escribiendo ensayos donde ponía en relieve la importancia de defender el idioma y a partir de la palabra hispana levantar las ideas que darían sustento al futuro de Las Filipinas. Incluso su labor fue más allá del papel. El verbo sin acción no podría estar completo y menos para un evangelista del idioma como él. Si bien escribió diversos libros como apoyo para las clases de español, Abad estableció nuevos métodos de enseñanza del idioma cuando trabajó como profesor en el Colegio de la UP en Tarlac en 1964[6].

No sólo pronunció, utilizó y defendió la palabra española, sino que la vivió. El castellano le significaba estar en contacto con la deidad, así como poder unir la diversidad del Archipiélago en una sola voz y en un solo destino cobijado por un pasado que ligaba a Filipinas con Occidente. El Occidente cristiano, pero también el Occidente grecolatino con sus pensadores, filosofía y riqueza cultural. Para su país, que en ese momento discutía aún entre la libertad y seguir siendo "colonia" o territorio adjunto a un gran imperio, el español podría proporcionar la manera idónea de reconocimiento del pueblo filipino consigo mismo, observar y comprender su pasado, analizar su presente, subrayar su riqueza asiática sin dejar de lado su esencia hispana, ampliar su visión hacia los dos horizontes y saberse parte de ambos con más provecho que limitaciones:

> El idioma español tiene un destino histórico en la civilización de los pueblos, y [...] este destino, que ya se ha cumplido o se esta cumpliendo, en las veinte repúblicas de la Hispano-América, se ha truncado bruscamente en Filipinas, pero debe de cumplirse también[7].

En 1959 Antonio M. Abad rememoraba: "en la lucha por la conservación del español en Filipinas estoy desde 1916. Ha sido y es una lucha penosísima"[8]. Once años después el escritor moría dejando tras de sí una estela de obras y manuscritos donde pueden rastrearse los avatares del español y de la literatura en español hasta su desaparición casi por completo en el Archipiélago. Como sabía muy bien Abad, en las tragedias griegas somos testigos de la caída, del desplome, del derrumbe hacia el abismo del Héroe, aquel individuo que representa las virtudes de todo un pueblo. Seguramente, al leer estos textos el escritor vio reflejada su lucha heroica por la conservación del idioma. Sin embargo, la interpretación fue otra. No hay que olvidar que la palabra nos hace pronunciable el mundo, hace que exista el mundo. En tagalo la palabra "bayani" (héroe) proviene de "bayan" (pueblo). Como no lo ignoraba Abad, si se perdía la lucha de la defensa del español en Filipinas también sería una Tragedia, donde la derrota la sufriría el "héroe", es decir, todo el pueblo filipino. PB

5 La diferencia fonética del inglés con las lenguas en el Archipiélago, así como la afinidad del español con estas mismas, lo desarrolla en los siguientes textos: *Nuestro ideal fonético: obstáculo a la afinidad, Los esfuerzos de Prator: La ley de los cambios fonéticos, Medidas correccionales: Recomendaciones de Prator* (Papeles de Antonio M. Abad, Archivo de la Universidad de Filipinas caja 70); *Mutilaciones: efectos de un intento de cambio, La entonación española: hablan los fonetistas* y *Ya no se hacen papalotes: la gramática, refugio de la abstracción* (Papeles de Antonio M. Abad, Archivo de la Universidad de Filipinas, caja 17).

6 Carta a Antonio Ma. Cavanna, octubre 9 de 1964, *Papeles de Antonio M. Abad*, Archivo de la Universidad de Filipinas, caja 1.

7 *El destino histórico de la lengua española*, en *Papeles de Antonio M. Abad*, Archivo de la Universidad de Filipinas, caja 17.

8 Carta a Matilde Ximénez de Cisneros y Abdón, 30 de marzo de 1959, *Papeles de Antonio M. Abad*, Archivo de la Universidad de Filipinas, caja 1.